

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A
Año 1951 - Número 46

V CENTENARIO NATALICIO DE LOS REYES CATÓLICOS



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

338

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

1.º Epoca
Año VII

Tomo XLV
Número 84

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
SERIALS ACQUISITION
400 TOWN HALL DRIVE
BERKELEY, CALIF. 94720-6000
TEL. (415) 845-5100
FAX (415) 845-5100



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



V CENTENARIO NATALICIO DE LOS REYES CATÓLICOS

2.^a Epoca
Año 1951



Tomo XIV
Número 46

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

MARZO-ABRIL

Núm. 46

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
OFRENDA.....	125
Vicente Romero Muñoz.— <i>Andalucía en la obra política de Isabel I de Castilla</i>	129
Juan Rodríguez Mateo.— <i>Museo de Arte Popular en Sevilla</i>	171
Blanca Vázquez.— <i>Madre en Sevilla</i>	195

MISCELANEA

Luis Bermúdez de Castro.— <i>La Reina Isabel I y los servicios de guerra</i>	313
José Hernández Díaz y Antonio Sancho Corbacho.— <i>Los Reyes Católicos y la capilla de San Gregorio, en Alcalá del Río</i>	317
Higinio Capote.— <i>Sevilla y la literatura en el tiempo de los Reyes Católicos</i>	329
Diego Angulo Iniguez.— <i>Un nuevo retrato de Isabel la Católica</i>	333
LIBROS: Francisco López Estrada.— <i>Breve orientación bibliográfica sobre el reinado de los Reyes Católicos</i>	
	339
CRÍTICA DE ARTE: Norberto Almandoz.— <i>Retablo musical fernando-isabelino</i>	351
CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>El Cronista mejor</i>	359

VILA SULA

OFRENDA

141

ARCHIVO HISTÓRICO

REVISTA DE HISTORIA, LINGÜÍSTICA Y GEOGRAFÍA

1937 MARZO-ABRIL

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

El problema de la lengua en el mundo hispánico
Problemas de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico
El problema de la lengua en el mundo hispánico

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFERTA

OFRENDA

UNA tradición literaria que se abre con el viajero alemán Munzer, prosigue con Pedro Mártir de Anglería, fray Bartolomé de las Casas y Colón, y llega hasta nuestros días a través de las más diversas ideologías y opiniones, nos presenta a la soberana Isabel la Católica como un prodigio del cielo y un regalo de Dios a España por privilegio singular destinado a servir altísimos designios. Colón y las Casas le llaman «santa»; el dominico Andrés de Miranda, «elegida de Dios»; Pedro Mártir, «caída del cielo»... El entusiasmo admirativo inspira a Cartagena este elogio que suena a piropo popular:

«En la tierra, la primera
y en el cielo, la segunda».

Y el pueblo añade al coro de los doctos su voz clamorosa en sincera alabanza de raigambre entrañable.

Como decía con su admirable precisión habitual don Marcelino Menéndez y Pelayo, nadie puede dejar de ser panegirista de esta mujer excepcional cuya fuerte personalidad excelsa ha hecho que se detengan respetuosamente ante su memoria los historiadores de todas las tendencias y los críticos de todos los sistemas y métodos.

Con orgullo de españoles veneradores de sus glorias patrias, venimos a recordar en estas páginas de **Archivo Hispalense** las virtudes ejemplares —asombrosamente

ejemplares— de la Gran Reina, forjadora de la Patria unida y madre de la Hispanidad, a recordar, dentro de lo inolvidable, la fecha del advenimiento a la vida, en el áureo día 22 de abril del año 1451 —para nuestro orgullo de españoles y honor de la humanidad—, de la gloriosa Isabel I, la reina más reina: por saberlo ser y porque lo fué sobre un inmenso mundo hispánico por ella forjado y abierto a la luz de Cristo y de España.

A la memoria insigne de esta mujer preclara ofrecemos con amor ferviente cuanto de mejor en su alabanza pudimos reunir y estampar sobre las páginas que siguen.



Nuestro homenaje a la preclara Reina en el V centenario de su nacimiento, no excluye, ni puede excluir —tanto monta— a su esposo el Rey Católico don Fernando II de Aragón y V de Castilla, de cuyo natalicio también está próxima la fecha conmemorativa. Unidos ambos en el amor y gobierno de España y en su vida de familia, siempre ha de notarse la presencia de él en cuanto de su esposa digamos. Sea, pues, extensiva nuestra ofrenda al egregio varón de quien el humanista siciliano Luca Morineo nos dejó este retrato: ...«tenía el genio alegre y resplandeciente, los ojos claros y casi risueños, la barba venerable y de mucha autoridad, de ingenio muy claro y de buen juicio, de ánimo benigno y liberal; en consejo muy prudente, en la costumbre afable sin ninguna pesadumbre, en el andar y en todos los otros movimientos del cuerpo tenía aire de gran señor y verdadero rey».

Señor rey español.

SEVILLA Y LA LITERATURA EN EL TIEMPO DE LOS REYES CATÓLICOS

JUAN DE PADILLA, EL CARTUJANO

La gran ciudad que es ya Sevilla en la primera mitad del siglo XV, con un arte floreciente, una poesía, la de Imperial y sus discípulos, que forman una escuela característica, un riquísimo comercio y un espíritu abierto a todas las influencias de la cultura, había de ocupar lugar destacado en el ámbito de las letras patrias, pasado el período turbulento de las banderías, al advenimiento de los Reyes Católicos.

La aportación capital que Sevilla hace a nuestra literatura en esta época responde a su tradicional espíritu religioso.

Dos libros, cuyas primeras ediciones son de una extraordinaria rareza, verdaderas joyas para un bibliófilo. Por cierto, que un soberbio ejemplar de uno de ellos, del *Retablo de la vida de Cristo*, acaba de ser rescatado para España, por el duque de Alba, en un gesto que merece nuestro máximo elogio.

Dos poemas, decimos, de muy difícil lectura hoy, el *Retablo de la vida de Cristo*, y los *Doce triunfos de los doce Apóstoles*, escritos por un monje de la Cartuja de Santa María de las Cuevas, Juan de Padilla, figura injustamente colocada en un segundo plano y merecedora de una mayor atención que la que se le dispensa, de ordinario, en nuestros más conocidos manuales.

Un poco olvidada de nosotros la Cartuja, perdida en un recodo del río, después de haber sido un tema literario de interés—Lope, Vélez de Guevara, etc.—, y su Cartujano, interesante personaje, no estudiado con el detenimiento a que es acreedor, y de atrayente personalidad que se vislumbra en muchos pasajes de su obra.

Desde luego sevillano, como él mismo nos lo confiesa en una estrofa del *Retablo*, al par que nos ofrece la primera estampa de Sevilla con su gran templo asombro de forasteros, sus torres y sus naves surtas en el río:

*"Yo me sentía tan embebecido
mirando sus cosas de gran maravilla,
como en el templo de nuestra Sevilla
el rústico simple que nunca la vido;
y como cualquiera de Francia venido
mirando en las Cuevas la nave ya surta
de sobre las torres y mesa de murta,
donde yo hice primero mi nido..."*

Y para que no falte nada, esta otra en la que aparece también, junto a los barcos, la Torre del Oro; oro que como buen cartujo desprecia con este final sesgo irónico y destemplado:

*"Levanto mis ojos a su catadura,
bien como cuando en el Bético Río
miran la gavia del grueso navío,
viendo la nave ya surta, segura,
cabe la Torre del Oro no mío."*

Es de lamentar que se haya perdido—al menos hasta ahora todos los esfuerzos de los eruditos han sido infructuosos—un poema que escribió Juan de Padilla en su mocedad, el *Laberinto del Marqués de Cádiz*, editado en Sevilla en 1493 y descrito en la *Tipografía Española*, del P. Méndez, y en otras varias colecciones bibliográficas.

Tal vez nos hubiese proporcionado datos interesantes sobre la personalidad de su autor, cuyas simpatías por esta figura, la más representativa de la época, se ponen de manifiesto al hacerle héroe de un poema en el que seguramente Juan de Padilla quiso emular el *Laberinto* de Mena.

El recuerdo del gran poeta cordobés es constante en el Cartujano y también su deseo de superarlo, como podemos observar claramente en el Prólogo del *Retablo* y en tantos otros pasajes.

Partiendo de un concepto de la poesía en que lo alegórico dantesco da vida a un tema profano, asciende a una poesía puesta absolutamente al servicio de un ideal religioso: «Comienza la vida de Cristo compuesta por un religioso monje de la Cartuja en versos castellanos, a causa que mejor sea leída; porque, según la sentencia de Aristóteles, naturalmente se deleita el hombre con el verso y la música».

En este sentido, su posición es análoga a la de los poetas francis-

canos de la Reina; a la de Fray Iñigo de Mendoza, que invoca a la Trinidad y censura a los trovadores «al invocar el Dios de amor para servicio del diablo», y a la de Fray Ambrosio de Montesino, que se excusa de escribir en verso «porque muchas veces saben mejor las cosas divinas, a los que no están muy ejercitados en el gusto y dulzor dellas, cuando se les da debajo de alguna elegancia de prosa o de metro de suave estilo que cuando las participan por comunidad e llaneza de compuestas palabras».

Esta fuerte corriente de superación del ideal pagano del arte es la que habría de producir en el siglo siguiente nuestra ascética y nuestra mística.

Y en nuestra poesía sevillana, a pesar de que luego se vuelve a los temas paganos, merced a la fuerte influencia clásica que sojuzga a muchos de nuestros grandes poetas es interesante relacionar estas obras del Cartujano, principalmente el *Retablo*, tan realista, tan extremado en sus detalles, con la poesía religiosa del barroco sevillano, sobre todo con la *Cristiada*, de Fray Diego de Hojeda, de la que la obra del Cartujano pudiera ser, en cierto modo, un antecedente. El realismo patético del último gótico se enlaza así en la poesía con el realismo patético del barroco, como el arte de Pedro Millán con el de nuestros grandes imagineros.

Pero aparte el valor intrínseco de estas obras que merecen un lugar preferente en nuestra poesía religiosa de todos los tiempos, hay en ellas un mensaje de intimidad, a pesar de la austeridad del ideal de su concepción, que nos las hacen particularmente atractivas.

¿Cómo fué Juan de Padilla? Bajo los rígidos pliegues de su hábito, muchas veces queremos adivinar la palpitación y el latido de determinados valores humanos.

¿Fué el Cartujano un hombre conocedor del mundo antes de ingresar en Religión? ¿Es su Geografía libresco, como quieren muchos, o tiene por el contrario un valor de vívida experiencia?

Pudiéramos pensar que en la Sevilla de entonces, sin ir a ningún sitio, se sabía mucho de tierras y de gentes extrañas. Pero a veces los textos parece que se obstinan en mostrarnos una visión absolutamente personal de las cosas.

Hay muchas referencias a caminantes, a peregrinos «por bárbaros reinos do mal se gobierna», que hallan consuelo y alegría al hallar, de modo insólito, con quien hablar la lengua vernácula; «que acortan el largo camino» razonando «cosas que suelen causar alegrías»; que son sorprendidos por la negra noche en medio de un oscuro bosque sin encontrar ningún hospitalario asilo.

Un naufragio de aparato clásico o libresco, pero con cierto tono en los pormenores que difícilmente podría ser obtenido en los libros:

*"En partes diversas las ondas infladas,
se quiebran luchando los rígidos vientos.
Conmueven las aguas los hondos cimientos,
y con las arenas se muestran mezcladas;
rotas las velas, y más desplegadas
del cox y boneta con sobra de viento,
corría la nave por el sotavento;
las flacas antenas del todo quebradas,
y más el timón por mayor detrimento".*

*"Así se levaba la brava marina
de forma que iba la nave ya comba,
por mucho que daban contino la bomba
disminuyendo la honda centina".*

En sus descripciones de tierras y lugares al lado de la erudición ampulosa y un tanto pueril el dato lleno de gracia y de vida. Sobre todo en la geografía de Italia, y muy especialmente en la de España de la que podríamos hacer un interesante portfolio: Puertos, como el de Cádiz con sus navíos que cargan unos hombres «que llevan las caras y cuerpos corvados»; Barcelona, resguardada por una montaña que parece «sotil escalera»; Valencia, con sus «rebatientes» y su gran laguna; Galicia, marinera «con sus astilleros de robres e pinos».

Tierras de adentro: «La Palomera de Avila fría», «sin senda ni vía nevada en invierno»; Sierra Morena, «cerca de Huesna, ribera que corre, allí do la villa debuxa su torre, con el halcón y perdiz mucho buena»; la áspera sierra de Ronda llena de breñas y hondonadas, la sima de Cabra, Granada «la dulce» y Sevilla. Sevilla, constantemente, a todo lo largo del texto: El Huerto del Rey, el Prado de Santa Justa, el brasero de Tablada, el campanero de la Giralda, el río; el río constantemente; las naves ancladas al pie de la Torre del Oro, los veloces caballos de silla sevillanos, la feracísima vega de Carmona, la Marisma, La Lonja de los Ginoveses; la calle de las Armas, donde se hurtaban los arneses «antes que se abriese la Puerta de Goles», las gradas de la Catedral, donde el autor, cuando pequeño, se paseaba con un libro abierto.

Maravillosa Sevilla vista tantas veces y regustada ahora en la soledad de la Cartuja y cuyo recuerdo reverbera aquí y allá a lo largo de las cansadas coplas de arte mayor animándolas y dándoles color.

HIGINIO CAPOTE

UN NUEVO RETRATO DE ISABEL LA CATÓLICA

El retrato más fidedigno de Isabel la Católica publicado hasta ahora es, sin duda alguna, el que conservado hasta el siglo XIX en la Cartuja de Miraflores, fué entregado a doña María Cristina por las autoridades burgalesas en 1845, y se guarda hoy en el Palacio Real de Madrid.

Suficientemente demostrado su carácter de original por Barcia hace muchos años (1), no precisa volver sobre ese extremo (2).

Existe, sin embargo, otro, por lo menos, tan fidedigno como él, que no recuerdo haya sido publicado hasta ahora en España, y que, durante el centenario del nacimiento de la gran reina, bien merece ser reproducido, y que se aquilate su valor dentro de la iconografía isabelina.

Consérvase en el Castillo de Windsor, en Inglaterra, donde es pareja del retrato de don Fernando el Católico (3), recientemente dado a conocer en España. Catalogado éste por Baker (4) no hace muchos años, dejó de registrar, por razones que ignoro, el de doña Isabel, lo que unido a encontrarse, al menos en la actualidad, en habitación no abierta al público, tal vez explique el que no haya sido tomado en consideración (5).

Ignoro la fecha precisa en que estos retratos de los Reyes Católicos entraron en las colecciones reales inglesas.

(1) Retratos de Isabel la Católica procedentes de la Cartuja de Miraflores, «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1907. Véase también Martí y Monsó, *Retratos de Isabel la Católica*, «Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones», I (1908-1904), p. 496.

(2) Acerca de quién pueda ser su autor, véase Tormo, Bartolomé Bermejo, «Archivo Español de Arte», 1926 y Post, A History of Spanish Painting. Cambridge, 1934. V, 205. El estilo de la pintura me hace pensar principalmente en la escuela toledana.

(3) Miden 0,370 X 0,265. Debo las fotografías que publico a la amabilidad de don A. Blunt, director del Instituto Courtauld de la Universidad de Londres, a quien expreso desde aquí mi reconocimiento. También agradezco su intervención al señor Millar.

(4) Catalogue, Londres, 1937, p. 122.

(5) El de don Fernando fué reproducido por Doussinague, en su *Fernando el Católico*, y por Sánchez Cantón en la lámina 4 de la *Iconografía Española*, que tiene en publicación la Junta de Iconografía Nacional. Lo publicó de nuevo en *Los retratos de los Reyes de España*, Barcelona, 1948, lámina 77.

La primera noticia que encuentro de ellos es en el inventario (6) de Enrique VIII de 1542, y supongo que o bien los llevaría doña Catalina de Aragón, hija de los retratados al trasladarse a Inglaterra en 1501 en ocasión de sus bodas con el príncipe Arturo, o que le sería enviado posteriormente. Claro que aunque es probable se pintasen esos retratos expresamente para que se los llevase doña Catalina en 1501, es también perfectamente posible que sean anteriores a esa fecha.

El retrato del Palacio de Madrid, por lucir en él la Reina un joyel con la cruz de Santiago, debe ser posterior a 1493, pues, como observó Barcia, hasta esa fecha no fué incorporada a la Corona la referida orden (7). Si, además, como sigue argumentando el mismo autor, el retrato hubiese sido donado a la Cartuja en ocasión de las últimas visitas de la Reina al monasterio, no podría ser posterior a 1497, con lo que habría que suponerlo de cuando doña Isabel contaba cuarenta y cinco. Pero incluso no admitiendo ese año como fecha *ante quem*, no puede dudarse que es retrato hecho en los últimos años de su vida. Como es sabido, doña Isabel murió joven, antes de cumplir los cincuenta y cinco.

El retrato del castillo de Windsor, aunque los datos citados sobre la posible fecha de su llegada a Inglaterra apuntan hacia el año 1501, produce la impresión de ser bastante anterior, pues incluso dando por descontada la influencia que en la interpretación del modelo tiene siempre el estilo del pintor, creo que el cutis más terso y la menor deformación del óvalo del rostro del retrato inglés, hace pensar en una edad menos avanzada. Por otra parte, aunque nuestro actual conocimiento de la indumentaria española del siglo XV no autoriza a fijar fechas muy precisas, tal vez convendría preguntarse si el descote apuntado, relativamente grande, gracias al cual luce directamente sobre la piel el collar de garganta y el joyel (8), no permitiría pensar en moda más propia de persona joven que el del retrato madrileño, en donde ese descote aparece

(6) «Item oone table with the picture of Izabell Quene of Castile with oone curtene of yellowe and white sarconet paned togethers».

«Item oone table with the picture of Fernando King of Argon with oone curtene of yellowe and white sarconet paned togethers [in the margin:] deficit oone curtens». Véase Shaw, W. A., 3 Inventories of pictures in the collections of Henry VIII, Edward VI, pp. 42 y 46. Editado por el Courtauld Institute, de Londres. Como se deduce del texto del inventario, ambos retratos estaban cubiertos por una cortinilla de seda amarilla y blanca.

Al dorso de los retratos, en letra antigua, respectivamente: «Le Roy dñnr fernando dorragon» y «Rayne ysabeau ne Castile».

(7) Tal vez sea incluso posterior a 1499, pues aunque la bula de Alejandro VI es de 1493, Fernando el Católico no tomó posesión hasta seis años después.

(8) No sé si será posible identificar el joyel aquí representado. Aunque ignoro qué signifique el término «reste», recordaré que en el inventario de 1453 de la recámara de Juan II figura la siguiente joya, que convendría comparar con la representada en el retrato: «un joyel de oro hecho a manera de reste, e en él engastonado un rubí balax grande e quatro perlas en él puestas, grandes» (Ferrandis, Inventarios reales, en Datos documentales para la Historia del Arte Español, Madrid, 1943, p. 20). Desgraciadamente, no tomé nota del tono preciso de la piedra engastada en el joyel. El rubí balaje es de color ligeramente morado.



Retrato de Isabel la Católica en el Palacio Real de Windsor (Inglaterra)



Retrato de Isabel la Católica en el Palacio Real de Madrid

cubierto por camisa que sólo nos deja ver el cuello. En esa mayor juventud me parece que también puede hacer pensar el figurar con el cabello descubierto y sólo decorado por una pequeña cofia, en lugar de la toca que cubre la gran cofia en el otro retrato (9).

Todo ello me inclina a suponer, con toda clase de reservas, que los retratos de Windsor pudieran fecharse antes de 1490.

Una última observación sobre el traje de la Reina. Como podrá advertirse, en la parte del pecho que no oculta el libro que tiene en la mano, la decoración gótica del brocado se ensancha para dejarnos ver un gran motivo, que además de su valor decorativo tiene seguramente un sentido simbólico. La flor de la alcachofa o la granada, tan corrientes en las telas del siglo XV, ha sido reemplazada por dos frutos esféricos perfectamente lisos, que al presentársenos bajo una sola corona, pudieran aludir a los reinos de Aragón y Castilla, equiparados en categoría, y responder a la interpretación vulgar del Tanto Monta. Ignoro si las crónicas o la documentación contemporánea podrán ilustrarnos sobre este particular.

Quién pueda ser el autor de estos retratos, lo ignoro. Su estilo no coincide plenamente, en mi sentir, con el de ninguno de los pintores de estilo conocido de los Reyes Católicos.

DIEGO ANGULO E INIGUEZ

(9) Aunque, naturalmente, se trata de diferenciar la dueña de las doncellas, Carmen Bernis, gran conocedora de la indumentaria castellana del siglo XV, me recuerda la tabla de Berruguete de los Pretendientes de la Virgen de Paredes de Nava, que reproduce en mi trabajo *Berruguete en Paredes de Nava*, Barcelona. Ella me comunica también que las telas que en el retrato de la Reina de Windsor forman el descote apuntado, es lo que se llama la gorguera.

Por mi parte, quisiera llamar también la atención sobre los mechones que caen a ambos lados del peinado de doña Isabel en el retrato de Madrid. Una revisión en la pintura contemporánea, tal vez permitiría saber si se trata de una moda o de algo puramente personal en sus últimos años. Como podrá observarse, esos mechones faltan en el retrato de Windsor.